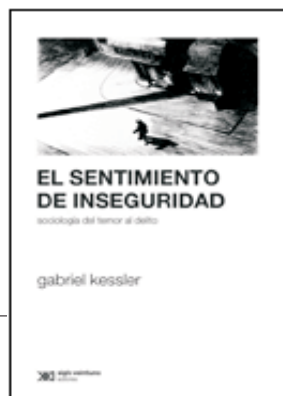

KESSLER, Gabriel. **El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito.** Siglo XXI, 2009. 288 pp.



El libro el sentimiento de seguridad de Gabriel Kessler propone una aproximación a la recepción subjetiva de la seguridad a partir de una rigurosa investigación de campo en Argentina. El trabajo nos plantea una pregunta que no por relegada deja de ser fundamental: ¿Qué es la inseguridad? Evidentemente, la inseguridad se define por algo muy diferente al conjunto de delitos que ocurren en un momento dado, puesto que por un lado deja fuera todos los delitos distintos a la criminalidad callejera, mientras incorpora en su catálogo eventos y prácticas no necesariamente criminales, como las incivildades, la presencia de otros percibidos como peligrosos o el miedo al delito.

En contraste, podríamos definir la inseguridad, como la misma palabra sugiere y una parte importante de la literatura indica, a partir de la noción de riesgo. Es decir, la inseguridad es probabilista, actuarial. Más que al catálogo geométrico de los delitos, a la constatación de la ocurrencia de un hecho (método pro-

pio del dispositivo legal), la inseguridad remitiría al campo de las probabilidades: al riesgo de sufrir algún tipo de agravio. En este punto la literatura se bifurca: algunas posturas, inspiradas por el último Foucault, señalarían que la noción de riesgo más tiene que ver con un tipo de tecnología de gobierno sobre las poblaciones que con una nueva entidad. Sería un recambio en las estrategias de poder y en su retórica, no en el campo fáctico que existe de manera independiente a estas tecnologías. Otra perspectiva sugiere lo contrario: la centralidad del riesgo en nuestras sociedades supone una mutación en su funcionamiento, y en la manera de estimar y controlar los riesgos que produce. A la sociedad contemporánea le sería inherente la producción de un volumen y tipo de riesgos que ya no pueden ser calculados ni controlados por los medios convencionales. Si escogemos esta segunda opción (a la que creo se adscribe Gabriel Kessler en su trabajo), la inseguridad podría comprenderse por las formas sociales con que se definen,

estiman, representan y se reacciona frente a estos riesgos.

Esto nos permite dar otro paso en la definición de eso que llamamos inseguridad: la inseguridad tiene una clara dimensión subjetiva. La inseguridad es "sentimiento de inseguridad", tal como se denomina el libro de Gabriel. Pero introducir un elemento subjetivo, incluso afectivo, no tiene nada que ver con la descalificación de su importancia o su realidad. Se suele combinar una vieja tradición moderna que opone razón y sentimiento, con el cálculo político que pretenden restar relevancia a las demandas públicas, en una operación que niega la validez de esta percepción por irreal o sin fundamento.

De hecho, tanto en el campo académico como político, podemos dividir en dos las posturas sobre el tema: una, que podríamos llamar escéptica, que presupone que el sentimiento de inseguridad no es más que eso, un sentimiento, que no tiene correspondencia con el delito o la llamada "inseguridad objetiva", sino que aludiría a procesos sociales de otro orden, o al efecto de los medios de comunicación que, ya sea como expresión de determinadas agendas políticas, o por su efecto mismo como amplificador de los hechos, producen. Del lado opuesto, tendríamos las posturas que podríamos llamar *realistas*, que suponen que el sentimiento de inseguridad expresa una realidad tangible sobre el delito.

El libro de Kessler tiene la virtud de desmarcarse de ambas perspectiva.

A través de un trabajo de campo minucioso, en que se combinan datos cuantitativos (encuestas de victimización, estadísticas oficiales), con entrevistas, grupos focales, revisión de fuentes hemerográficas y observación, se propone en primer lugar un refinamiento conceptual y metodológico, desagregando el sentimiento de inseguridad en cuatro dimensiones diferenciadas y autónomas: la preocupación por la inseguridad, el cálculo de las amenazas, la emoción que se experimenta y las respuestas que se elicitan.

La primera dimensión, de orden política, es definida por los discursos que circulan socialmente. Es, en buena medida pero no de manera mecánica ni unidireccional, el ámbito en que los medios de comunicación y los actores políticos imponen su agenda.

El segundo componente del sentimiento de inseguridad, de orden cognitivo, alude a qué tanto los sujetos se estiman expuestos a las amenazas. Si bien pueden influir las agendas mediáticas, su fuente es la experiencia local, de orden ecológica, que se verifica en los espacios sociales en que se desenvuelve.

La tercera dimensión es la emocional, qué sentimientos y emociones experimenta el sujeto. El trabajo de Gabriel advierte que estas no se reducen únicamente al miedo, pues pueden conocerse y transitarse por emociones tan distintas como la compasión, la ira, la vergüenza, etc. Está gobernada por reglas sociales que definen qué se experimenta y cuáles emociones es válido expresar.

Por último, la dimensión que podríamos llamar "conativa", alude a las respuestas que adoptan los sujetos para lidiar con la inseguridad.

Si bien estas dimensiones constitutivas del sentimiento de inseguridad tienen algún grado variable de relación con el volumen de delitos que ocurren, no pueden ser explicadas únicamente por estos. La mayor centralidad de la preocupación por el delito es resultado de una comparación subjetiva con tiempos pretéritos, evocados de manera idealizada, y variables como las locaciones, sujetos y prácticas delictivas tendrán un peso relevante. De esta forma, el mayor sentimiento de inseguridad en la Argentina de hoy estaría asociado en buena medida con la deslocalización del peligro (ya el delito no está acotado a zonas tradicionalmente percibidas como peligrosas) y la desidentificación de los victimarios (ya no encarnan los estereotipos tradicionales del "delincuente"), aumentando en consecuencia la aleatoriedad percibida. El riesgo de ser víctima ya no está asociado con determinados lugares ni con determinados sujetos percibidos como peligrosos, sino que se puede venir de cualquier persona y ocurrir en cualquier lugar. Luego, es producto de un azar que el sujeto no puede controlar: no tiene como predecirlo ni como domesticarlo.

Quisiera resaltar dos consecuencias de esta idea. Por una parte, el sentimiento de inseguridad no sería tanto una función del aumento neto del delito como de la incertidumbre sobre las relaciones entre lugares, sujetos y prácticas de riesgo. Es decir, supone una resemantización del espacio

físico y social en términos de un gradiente indeterminado de riesgo.

En segundo lugar, este aumento de la incertidumbre no es para nada un problema "ontológico" sino que resultaría de los procesos sociales recientes que redefinen los contornos de la vida social, de los cambios en las categorías sociales (clase, barrio, origen, etc) y en las relaciones entre ellas. La exclusión y precariedad, la fragmentación social, el deterioro de las formas de identidad y socialidad dentro de los grupos sociales de antaño, estarían íntimamente vinculados con el mayor desasosiego y mayor exposición al delito. La inseguridad expresaría en consecuencia una nueva configuración social.

Pero esto para nada supone una negación del riesgo real de delito, sino que más bien lo acompaña. Como relata Gabriel en un trabajo previo, *Sociología del delito amateur*, al igual que lo que proponen otros muchos autores, el delito conoce una nueva configuración resultado de estos procesos sociales que marcan el tránsito de una sociedad de inclusión jerarquizada, en que el trabajo era el signo de la socialización y la pertenencia del individuo, a otra en que prevalece la exclusión y la precariedad.

La inseguridad, tanto en su dimensión objetiva como subjetiva, da cuenta de una nueva configuración de lo social, de los cambios en las relaciones sociales, los conflictos y las posiciones entre los actores sociales, los nuevos contornos de las clases, los desplazamientos y mutaciones en las inscripciones e identidades colectivas. Inclu-

so, la inseguridad es, tanto para el público como para el poder, una de las maneras en que se hace inteligible, se recodifica esta nueva configuración de lo social. La retórica de las clases sociales y la distribución del bienestar da paso a la inseguridad como marco de inteligibilidad de las nuevas relaciones y conflictos. Ya no hay clases sino víctimas y victimarios, honestos y peligrosos, no hay bienestar sino seguridad.

Esta forma de inteligibilidad de lo social no deja de tener consecuencias, pues desdibuja el anclaje estructural de los fenómenos que rotulamos como inseguridad, se culpa al excluido, se favorece la adopción de posiciones punitivas y autoritarias, se privilegian las salidas penales y policiales (o, en el caso de algunas posturas pretendidamente progresistas, la retórica preventivista que termina conviviendo y legitimando las posturas más duras), para culminar por despolitizar y encubrir el conflicto subyacente. Como concluye Gabriel en su trabajo, la inseguridad es una demanda que desborda cualquier respuesta intentada, e incluso se retroalimenta y reverbera con frecuencia de las fórmulas ensayadas para satisfacerla.

Por otra parte, el sentimiento de inseguridad está condicionado por los acontecimientos históricos y los cambios epocales. Kessler glosa cómo sus contenidos han variado en el transcurso de las últimas décadas según periodos definidos por hitos que expresan tanto nuevos tiempos como formas distintas de comprender el delito. Por ejemplo, durante la dictadura militar argentina la inseguridad estaba asociada con el terrorismo de estado,

mientras que en la crisis pos-conversión pasó a un segundo plano para que primaran los problemas sociales y económicos.

A la vez, los eventos del pasado contribuyen a definir las percepciones del presente. Así, la reciente dictadura militar y la crisis económica de hace una década favorecen para la Argentina un significado más "social" y menos moral del delito.

Otras disposiciones sociales, como los marcos referenciales de los actores, los modos de expresión emocional, la distribución de papeles de acuerdo a género, edad y clase, la proximidad y distancia con áreas y sujetos etiquetados como peligrosos, las características del espacio en que se habita, o incluso las respuestas escogidas para lidiar con la propia ansiedad frente al delito, también contribuyen a configurar el sentimiento de inseguridad.

Una virtud capital del texto de Kessler es cómo elude los tópicos que sobre el tema prevalecen tanto en el debate académico y en la discusión pública. El sentimiento de inseguridad no es ni un reflejo mecánico de la realidad del delito ni una construcción interesada de los poderes fácticos. Tampoco se puede reducir a la intervención de procesos sociales velados que se condensan en la forma de miedo al delito. Sería (y aquí una interpretación libre) una constelación de discursos, artefactos, prácticas y subjetivaciones que atraviesan instituciones, colectividades e individuos y definen prácticas, modos

de percibir y de sentir. No se resuelve su naturaleza en el debate entre lo objetivo y lo subjetivo, sino que codifica lo objetivo y crea subjetividades.

Podríamos entenderlo como un dispositivo que ordena y articula la experiencia de la vida social en un mundo precario, en que los referentes convencionales que servían de guía en el mundo social se desvanecen y aparecen nuevas figuras inéditas (el joven como delincuente, el vecino como peligroso, lo público como hostil), a la vez que regula las prácticas, privadas y colectivas, y las interacciones.

Se constituye desde determinados discursos y categorías colectivas que producen sentido y significados a los hechos, prácticas y emociones. Pero, como muestra Gabriel, también se "crea" desde abajo, desde las narrativas y relatos locales y los consensos que construyen, o en la manera en que se reapropian de los discursos "descendentes".

La inseguridad es un dispositivo poderoso, que atraviesa tanto los discursos institucionales y los diálogos locales. De allí su uso frecuente en el debate político. Aunque Gabriel señala el riesgo de intentar capitalizar políticamente la inseguridad, los réditos que ofrece son inestimables. La inseguridad es una poderosa herramienta política a la vez que despolitiza. Es útil políticamente pues ofrece la posibilidad de construir consensos (el miedo, en nuestras sociedades fragmentadas, es quizás el último de los consen-

sos posibles) y tiene la virtud de articularse con otros discursos. Temas como la inclusión social, el papel del estado y la sociedad, la exclusión o el deterioro moral, que formarían parte de la retórica progresista o de derechas, son fácilmente asimilables a la inseguridad. En Venezuela, curiosamente, tanto un bando como el otro han desplazado sus posiciones a un eje común que considera la inseguridad como un problema moral (sea por resultado de la anomia, para unos, o de los valores capitalistas, para otros), mientras coinciden en las soluciones ofrecidas: una mezcla de mayor punitivismo y estrategias preventivas, que respondan a la degradación moral con castigo o "rehabilitación", según sea el caso.

Pero por otra parte, la inseguridad despolitiza, pues tiende a encubrir los conflictos que subyacen a las ansiedades colectivas y al delito, mientras sustituyen las relaciones sociales por la sospecha y el cada vez mayor repliegue a la vida privada. El trabajo de Gabriel concita a una reflexión sobre los efectos sociales y políticos que implica el creciente sentimiento de inseguridad que ocupa a nuestras sociedades.

Andrés Antillano

Universidad Central de Venezuela.
Caracas. E-mail: andresantillano@gmail.com